

EL CRIMEN ETERNO, un hombre cualquiera.

He tenido ocasión recientemente de volver a un caso fascinante de la criminología, seguramente el más popular de todos los tiempos: los crímenes de Jack el destripador. Y esta vez no ha sido, como solía ser habitual, como curioso, lector o espectador. Lo he hecho como narrador, porque he comprendido que hay otras fórmulas para contar historias y ganarme la vida. Mad Escape Room me ha dado la oportunidad de planificar, escribir, desarrollar y estrenar un juego que hemos llamado La sexta de Jack, donde se incorporó mi amigo y compañero Pedro Bahón para rematar bien la propuesta.

Así, he tenido la posibilidad de acentuar mi tono erudito sobre el tema, y he disfrutado con el reencuentro de tan misterioso personaje, y de los implicados en el caso. Pero ha quedado lejos aquella fascinación morbosa del primer encuentro con el asesino, cuando era niño, a través de un artículo de la prestigiosa Reader's Digest. Fascinación que nunca murió del todo, en la adolescencia y juventud. Incluyendo, ya con veintitantos, mi primera lectura del gran cómic –o novela gráfica, como se empeñan muchos pijos en decir- From hell, escrito por el inalcanzable Alan Moore.

Porque aquella fascinación que comento estaba sujeta al misterio sobre la identidad del protagonista. Se sostenía, por tanto, por una idea terrible que de algún modo sitúa a este sujeto como una especie de hombre brillante y esquivo, un malvado descomunal, un malo absoluto. Como si esa supuesta grandeza fuera lo mejor, o más interesante, de las recopilaciones de datos que se publicaban del caso, colocando al criminal en una suerte de súper villano. Jack el destripador se me presentaba tal y como se ha vendido durante décadas: como un caballero sofisticado y silencioso, que con paso firme y amenazante se movía por las callejuelas de Whitechapel acuchillando mujeres que de forma poco afortunada se buscaban la vida. Un tipo cuya imagen iconográfica no dejaba duda de su superioridad como ser pensante, elegante y perfectamente diseñado para propagar el mal. Una silueta de un caballero con sombrero y capa, que aparece amenazante con un maletín, o un cuchillo desnudo. Y que desaparece en la penumbra londinense, tal y como había aparecido. Tras esto, quizás, el sonido de un coche de caballos alejándose.

El peligroso romanticismo que sitúa a esta misteriosa figura entre la élite del mal occidental, era peliagudo a la hora de mirar el caso de estos asesinatos acaecidos en 1888 con ojos menos ingenuos, más viejos y más sabios. A estas alturas, la idea de encontrar algo “bello”, más allá de lo puramente morboso, entorno a aquel triste acontecimiento, me remueve bastante. Aplicando algo de sentido común, la imagen del temido criminal se ensuciaba, suscitando la idea de que sólo pudo ser un tipo con suerte, medianamente listo, al que no le echaron el guante más por torpeza y, sobre todo, cierta maldad social, que por su capacidad sobrenatural para realizar los crímenes. Seguramente, teniendo en cuenta su localización y época, ese señor (es débil la idea de que pudiera ser una mujer) debió ser un atormentado cafre, que se vino arriba de un modo exultante y con su ego crecido, al comprobar las constantes ineficacias que tenían sus coetáneos para atraparle.

Así, la probabilidad de que ese hombre tuviera un aspecto absolutamente vulgar y, por tanto, estuviera en el lado opuesto al que la literatura popular y el cine tanto insistieron en mostrar, gana fuerza y puede admitirse como inequívoca. No hay duda de

que el portador del famoso sobrenombre fue un tipo que estaba integrado en una sociedad absolutamente llena de tragedia, sucia y desesperada, hambrienta, desconcertada, afligida y competitiva. Un vecino más, en un barrio cruel, despiadado y cosmopolita, que luciría el aspecto más normal del mundo. Nadie digno de atracción, más allá de ese terrible anecdótico que se empeñó en protagonizar. Un ciudadano más, tan integrado o extraño como cualquier otro, en una descomunal Londres que sentía cómo crecía sin control, y cómo se aproximaba tanto a ese fin del mundo que algunos predicaban y del que hacían negocio. Un tipo que, al girar una esquina, no llamaría la atención. No más que cualquiera de los individuos que atestaban aquellas peligrosas y desnutridas calles de la que era la capital del mundo occidental. Un hombre cualquiera.

En este punto, poco me importa entonces su verdadera identidad. O si algunas de las muchas teorías conspiratorias, se acerca lo más mínimo a la realidad. Si de verdad podemos implicar a miembros de la aristocracia, tras cierto chantaje, como defiende la más aplaudida, morbosa y divertida de las teorías, donde el médico de la realeza trata de salvar el culo al nieto putero de la reina Victoria. O si fue un ciudadano polaco, vecino del barrio. O un médico implacable y vengativo. O Joseph Merrick, el pobre Hombre Elefante. O el mismísimo Buffalo Bill, que iniciaba gira con su espectáculo circense. O probablemente alguno de sus indios. O quizás un gran escritor como Lewis Carroll. O el pintor William Sickert, que prácticamente se atribuye de soslayo, en sus manipulaciones autobiográficas, ese puesto de (des)honor. O aquel vendedor de algodón adicto a la morfina. O el propio inspector que dirigió el caso, Frederick Abberline. O, por qué no, la esposa celosa del doctor Williams, amante de Mary Jane, la malograda quinta víctima (según la aceptación general de que hubo cinco víctimas canónicas muertas de la misma mano). Nada de eso importa tanto como lo que de verdad resultó definitivo en esa inexplicable torpeza policial, en esa incapacidad de dar pasos firmes en la recopilación de pruebas y detención de sospechosos e interrogación de testigos. Nada importa la identidad de Jack el destripador, porque mi terrible conclusión respecto al tema es que Jack el destripador fueron todos. Jack el destripador fue Londres, fue occidente, fue Whitechapel, fue la apestosa, machista, criminal y despiadada sociedad londinense que, con total falta de escrúpulos e impunidad, alimentó e hizo negocio de aquella tragedia, y sobrepasó todos los límites morales y éticos.

No por casualidad, la denominada prensa amarilla nace justo en ese momento. Me resulta fascinante cómo ese tipo de prensa se populariza y traspasa fronteras y océanos, justo con aquella tanda de asesinatos. Por eso es tan importante e interesante este caso que, para suerte de muchos, nunca se ha resuelto: porque inició la vomitiva carrera de vender papel impreso, con noticias de tragedias, haciendo que esas tragedias fueran no sólo interesantes, sino esenciales para alimentar un lucrativo negocio, del que bastantes siguen sacando buena tajada. Aquellas pobres mujeres que trataron de sobrevivir en aquel entorno sin piedad perdieron la vida a manos de alguien cuya identidad no sabremos, quizás, nunca. Pero realmente, Mary Ann Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y Mary Jane Kelly, fueron víctimas de una sociedad hecha añicos, que había perdido valores y horizontes. Ellas y, tristemente, muchas más. Porque en aquel momento, el crimen machista era santo y seña en calles que querían presumir de civilizadas, pero que estaban corruptas hasta las mismas entrañas. Aquellas cinco mujeres murieron a manos de un ser endiabrado, cruel, y cultural, emocional y moralmente analfabeto, como la propia ciudad que habitaban.

Es muy significativo que el propio apodo de este asesino, fuera invención probada de un periodista, que coló una carta a las autoridades como si fuera de puño y letra del ejecutor de los asesinatos. O que, durante semanas (hay que tener presente que estos tristes acontecimientos se dieron durante apenas cuatro meses), las mismas autoridades policiales y la prensa local no paraban de recibir decenas, cientos, quizás miles de cartas firmadas por el supuesto autor de los crímenes. Y que, de todas ellas, sólo una misiva podía pertenecer al asesino de aquellas mujeres, o a alguien cercano dictado por él, ya que acompañaba un trozo de riñón de una de las víctimas. Carta que, por cierto, muestra suficientes faltas ortográficas y una mala letra que deja en evidencia la incultura de quien la escribe.

Todo el mundo contribuyó a entorpecer la investigación, todo el mundo opinó, todo el mundo puso de su parte al desacreditar a las víctimas y a ensalzar la supuesta listeza de su verdugo. Aún hoy se habla de ellas como “prostitutas”, arrinconándolas socialmente a un puesto menor, relegándolas exclusivamente a una manera de ganarse la vida. Sin embargo, no hay casi ninguna prueba de que ninguna de ellas ejerciera la prostitución, más allá de algunos actos aislados, desesperadas por echarse un mendrugo de pan a la boca, o un trozo de cecina. Es terrible pensar, en estos términos, qué barato era contratar un servicio en aquel momento y lugar. Y, en cualquier caso, qué importaba cuál fuera la estrategia que seguían aquellas mujeres para sobrevivir en un mundo tan cabrón. De nuevo, ellas eran juzgadas mucho antes que su propio agresor. Y seguimos poniendo nuestro granito de arena en situar a aquellas señoras en un plano inferior, por ser mujeres, mientras nos ponemos cachondos con el morbo que arrastra un hijo de puta que se libró por una serie de torpezas catastróficas.

Ha pasado un siglo y pico desde aquello, y hay quien aporta pruebas suficientes para señalar a un tipo concreto. Hasta aportan muestras de ADN –que en la época ni conocían- del supuesto chal de una de las víctimas, para decidir qué sospechoso interrogado por la policía del momento se libró, teniendo en cuenta el ADN de algún descendiente o familiar lejano. Sin embargo, hay quien aporta suficientes pruebas que señalan “inequívocamente” a otro tipo, sin lugar a dudas. Cada uno aporta su opinión, exactamente como ocurrió en aquella despreciable época victoriana. Y el mito se sigue alimentando, y nos sigue dando dinero. Porque, en aspectos esenciales, no hemos avanzado casi nada. Leemos datos impresionantes y concretos de una gota salida de nuestro cuerpo, pero seguimos dando rienda suelta a nuestros prejuicios, nuestra falta de escrúpulos y nuestra implacable visión machista e hipócrita. Ha pasado más de un siglo desde que Jack el destripador, fuera quien fuera, aterrorizaba a las mujeres pobres de las calles de Londres –de nuevo, a las ricas sólo les pareció un divertimento más-, pero seguimos juzgando a sus víctimas antes que a él mismo. Porque esas calles, al menos en un plano social, emocional e intelectual, siguen apestando tanto como los rincones donde perecieron aquellas cinco mujeres. Porque, más de un siglo después, seguimos siendo los mismos seres despreciables. Y Jack el destripador sólo fue una muestra de ello.